

# Aspectos sobre raza y nación en dos obras del exilio español en la República Dominicana: *Blanquito* (1942) y *Medina del mar caribe* (1965)<sup>1</sup>

Carmen Cañete Quesada

## RESUMEN:

El presente artículo ofrece una lectura sobre aspectos de raza y nación en dos obras poco exploradas de exiliados españoles que vivieron en la República Dominicana: *Blanquito* (1943) de Mariano Viñuales y *Medina del Mar Caribe* (1965) de Eduardo Capó Bonnafous. El estudio presenta un panorama general sobre el ambiente social y político en el que se inscriben estas obras, la manera en que los españoles se adaptaron al exilio, y los oficios que se le asignaron dentro y fuera de la capital, conocida entonces como Ciudad Trujillo. Aunque de todas las ocupaciones la de escritor ocupó un papel secundario, estas piezas literarias nos ayudan a reconstruir uno de los episodios del exilio español en América más desfavorables debido no sólo a las dificultades económicas y a la falta de oportunidades laborales, sino por la política de control en el país fomentada por el General Rafael L. Trujillo.

**Palabras clave:** Exilio y literatura, testimonio, raza e identidad nacional, Rafael L. Trujillo, República Dominicana y España, colonias agrícolas, Mariano Viñuales, Eduardo Capó Bonnafous.

---

<sup>1</sup> Doy las gracias a la escritora y periodista exiliada MARÍA UGARTE y a la profesora MONTSE-RRAT PRATS —hija del exiliado español Antonio Prats-Ventós— por proporcionarme información sobre Mariano Viñuales y Eduardo Capó Bonnafous, y por animarme a escribir sobre sus obras. A ellas les debo la publicación de este estudio. También agradezco a Bruno Rosario Candelier, director de la Academia Dominicana de la Lengua, la lectura cuidadosa de este ensayo.

**ABSTRACT:**

This article focuses on issues of ethnicity and national identity that are present in two works of Spanish exiles who lived in the Dominican Republic, and which have received little critical attention: *Blanquito* (1943) by Mariano Viñuales and *Medina del Mar Caribe* (1965) by Eduardo Capó Bonnafous. The study provides a panoramic view of the social and political contexts in which these texts were written, including the ways in which Spanish exiles adapted to this new environment, and the tasks that many of them performed within and beyond the capital city of Ciudad Trujillo. Although the act of writing played a secondary role to most other occupations, these two literary pieces help significantly in the reconstruction of one of the least favorable episodes in the history of Spanish exiles in the Americas. These exiles encountered not only poor economic conditions and lack of employment but also an elaborate system of control promoted by the dictatorial regime of General Rafael L. Trujillo.

**Key words:** Exile and literature, testimony, race and national identity, Rafael L. Trujillo, Dominican Republic and Spain, agricultural colonies, Mariano Viñuales, Eduardo Capó Bonnafous.

La literatura escrita por los expatriados de la guerra civil española en la República Dominicana es una asignatura pendiente para estudiosos de la diáspora republicana en América Latina. De aquel colectivo surgieron iniciativas literarias que han permanecido prácticamente en el olvido debido entre otras razones a la escasa circulación de estas obras desde su primera y, en muchos de los casos, única edición. Los ejecutores de esta “mala literatura” o “sub-literatura”, como ha sido catalogada, fueron por lo general refugiados políticos que aun no ejerciendo necesariamente la profesión de escritores tuvieron la necesidad de hacer constar sus vivencias en el trópico<sup>2</sup>.

Más allá de ofrecer aquí una valoración sobre la calidad artística de esta producción literaria me interesa analizar a través de algunas de sus piezas el proceso de adaptación de los españoles residentes en tierras dominicanas, su participación en debates de tipo político y racial, y los temas más frecuentes a los que éstos solían recurrir para describir el país de adopción. Es necesario para ello tener en cuenta las circunstancias en las que los refugiados de guerra narraron su experiencia en un país de escasos recursos y con un régimen dictatorial sanguinario patrocinado por el General Rafael Leónidas Trujillo (1891-1961).

Con este acercamiento en mente, me propongo ofrecer una breve lectura de dos libros claves en la narrativa del exilio en la República Dominicana: *Blanquito* (1943)

---

<sup>2</sup> MARÍA UGARTE destaca con las siguientes palabras el valor testimonial de esta literatura: “Cuando hicimos aquí [en Santo Domingo] el congreso de la inmigración española en 1989, se habló de rescatar todas estas novelas. Pero entonces, el muy exigente de Pedro Vergés, empezó a decir que eran muy malas. Y yo le dije que aunque sea literatura ‘mala’, evoca aquella época y es el valor histórico del momento lo que interesa. Porque *Blanquito* es un muchachito negrito de la frontera, un encanto de niño y muy inteligente. Y entonces un español, el autor mismo, lo lleva consigo a todas partes”, en mi entrevista con UGARTE, M.: “En Santo Domingo la gente me trató muy bien. Fui poco a poco, poco a poco, hasta que llegué adonde yo quería”: Testimonio de la exiliada española María Ugarte”. *Caribe*, 10:1 (2007), p. 155.

de Mariano Viñuales y *Medina del Mar Caribe: Seminovela* (1965) de Eduardo Capó Bonnafofus<sup>3</sup>. Aunque sus autores no los consideren testimonios personales, sino más bien relatos autobiográficos en donde entran en juego elementos de ficción, estas obras captan el ambiente dominicano con el rigor de un documental o un ensayo histórico. Pero además, tal es el valor informativo que en ellas aparece que es posible a través de su lectura reconstruir un episodio histórico sobre el exilio español que no ha recibido la misma atención que otros países anfitriones, como México, Argentina y Cuba. Estudios como éste pretenden despertar el interés de la crítica por conocer los pormenores de este periplo trasatlántico de la guerra en España, y subrayar el intercambio cultural y racial que provocó el encuentro entre españoles y dominicanos durante la era trujillista<sup>4</sup>.

### NOTAS SOBRE EL EXILIO ESPAÑOL EN LA REPÚBLICA DOMINICANA

Numerosas son las investigaciones dedicadas al contingente español que pisó tierra en estas partes del trópico. Reunir la bibliografía concerniente al tema y mostrar los pormenores sobre este episodio del éxodo republicano sería una tarea innecesaria dado el gran número de ensayos, capítulos y libros destinados a proveer información sobre el caso<sup>5</sup>. Lo que pretendo en este apartado es mostrar ciertas

<sup>3</sup> Véase VIÑUALES, M.: *Blanquito*, Humanidad, México: 1943; y CAPÓ BONNAFOFUS, E., *Medina del Mar Caribe*, B. Costa-Amic, México, D.F.: 1965, y una edición facsimilar publicada en Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo: 1986. Aunque no ha sido incluida en este estudio la novela del exiliado Vicenç Riera Llorca merece también atención: RIERA LLORCA, V., *Tots tres surten per l'Ozama*, Col·lecció Catalònia, México, D.F.: 1946; y la segunda edición publicada también en catalán en Edicions 62, Barcelona: 1967. La traducción de la novela al español estuvo a cargo de Procoro Hernández, véase *Los tres salen por el Ozama*, Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo: 1989.

<sup>4</sup> María Ugarte en su introducción a la reproducción facsimilar de *Medina del Mar Caribe* señala la importancia testimonial de esta “seminovela” (así llamada por el autor) “totalmente desconocida por los dominicanos”, y pretende difundirla haciendo de ésta “fuente de primera mano” para el lector dominicano. En UGARTE, M.: “Prólogo”. En *Medina del Mar Caribe*, 2ª ed., op. cit., s.p. Es necesario que el lector español tenga también acceso a esta literatura del exilio.

<sup>5</sup> Aunque se trata de estudios antiguos considero de valor los seis tomos de ABELLÁN, J.L.: *El exilio español de 1939*, Taurus, Madrid: 1976-1978; y RUBIO, J.: *La emigración de la guerra civil de 1936-1939*, Editorial San Martín, Madrid: 1977, en particular el apartado titulado “La República Dominicana, una reemigración de paso”, pp. 188-194. Sobre los movimientos migratorios entre España y la República Dominicana, incluido el éxodo republicano, resultan de interés GARDINER, C. H.: *La política de inmigración del dictador Trujillo: Estudio sobre la creación de una imagen humanitaria*, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo: 1979; y BÁEZ EVERTSZ, C. J.: *Dominicanos en España, españoles en Santo Domingo*, Editora Universitaria de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo: 2001. Sobre la política de inmigración llevada a cabo durante el trujillato véanse NARANJO OROVIO, C.: “Transterrados españoles en las Antillas: un acercamiento a su vida cotidiana”. *Anuario de Estudios Americanos* 44 (1987), pp. 521-548; y LILÓN, D.: “Propaganda política y migratoria dominicana durante la Era de Trujillo (1930-1961)”. *Historia y Comunicación Social* 4 (1999), pp. 47-71. Sobre el tema de la presencia española en el país y su repercusión política, véanse los trabajos de VEGA, B.: *La migración española de 1939 y los inicios del marxismo-leninismo en la República Dominicana*, Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo: 1984; y *Almoína, Galíndez y otros crímenes de Trujillo en el extranjero*, Fundación Cultura Dominicana, Santo Domingo: 2001.

tensiones de tipo político y racial existentes en suelo dominicano que provocaron un cambio drástico en las vidas y ocupaciones de los refugiados españoles. Esta información de fondo facilita también el entendimiento de la realidad dominicana tal y como la concibieron estos dos visitantes españoles que documentaron su breve experiencia antillana.

La política de inmigración emprendida por el General Trujillo hizo posible que cerca de cuatro mil exiliados españoles hallaran cabida en este país de limitadas dimensiones geográficas<sup>6</sup>. Dado que el gobierno recibía cincuenta dólares por cada refugiado, además de los impuestos de inmigración requeridos, el recibimiento de extranjeros a la isla cobraba sentido en un país de economía limitada<sup>7</sup>. Pero lo cierto es que hubo otras razones de peso para que Trujillo pusiera en riesgo su permanencia en el poder albergando a millares de españoles de ideología contraria al régimen. Las razones se debían, como apunta Bernardo Vega, a un conflicto racial existente desde siglos atrás, generado por la inmediatez geográfica de esta parte oriental de la antigua Española con un país de clara ascendencia africana como Haití. No hay que olvidar además que la República Dominicana había presenciado en el pasado varios episodios de dominación haitiana, y que la existencia misma del país vecino ha venido suponiendo desde siglos atrás una amenaza de todo tipo, tanto territorial como cultural, política y racial<sup>8</sup>. Al respecto cabe añadir que a pesar de los más de cinco siglos de imperialismo español los representantes de la cultura oficial en tierras quisqueyanas han hecho un esfuerzo por reivindicar los códigos de representación de la antigua metrópoli. Dicho énfasis en lo español pretendía (y pretende en el presente) ocultar su cercanía con Haití y mitigar la presencia africana tan visible en la sociedad dominicana.

El conflicto racial en la era trujillista generó una serie de medidas drásticas para disminuir la presencia haitiana en el país, sobre todo en las áreas colindantes. El plan

---

<sup>6</sup> La cifra de exiliados que llegó a la República Dominicana oscila según los textos que he podido rastrear. Aunque los exiliados Jesús de Galíndez y Vicente Llorens calculan que fueron alrededor de 4.000 o 5.000, Javier Rubio califica estas cifras de exageradas, y descende el número a poco más de los 3.132 pasajeros que llegaron con las siete expediciones, RUBIO, J.: op. cit., p. 191. Véanse también los testimonios de GALÍNDEZ, J.: "Un reportaje sobre Santo Domingo". *Cuadernos Americanos*, 80:2 (1955): pp. 37-56; y LLORENS, V.: op. cit., p. 39. El historiador Bernardo Vega señala que "unos 3,700 trasterrados llegaron en apenas ocho meses a un país que apenas tenía 1.7 millones de habitantes", véase VEGA, B.: "Evocando en Madrid a los refugiados españoles de 1939". En *En la década perdida*, Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo: 1990, p. 275. Finalmente, habría que señalar el testimonio de otro exiliado, Javier Malagón, quien sostiene que existieron otros exiliados que, como él y su familia, llegaron en viajes regulares. En su barco asegura que llegaron unos 30 refugiados (entre ellos Ángel Botello, Vela Zanetti, Rafael Supervía y Miguel García Santesmanes), y recuerda haber visto llegar a otros exiliados de igual manera desde abril de 1939 hasta 1942. Véase MALAGÓN, J.: "El exilio en Santo Domingo". En NAHARRO-CALDERÓN, J.M.: *El exilio de las Españas de 1939 en las Américas: "¿A dónde fue la canción?"*, Anthropos, Barcelona: 1991, p. 173.

<sup>7</sup> Sobre ésta y otras razones en relación a Trujillo y su política de inmigración véase *En la década perdida*, op. cit., p. 276.

<sup>8</sup> Durante la ocupación francesa de Haití, la República Dominicana se vio invadida por el país colindante con el objetivo de unificar la antigua Española. Después que el pueblo haitiano logra su liberación en 1804, la República Dominicana sufre en 1822 (un año después de poner fin al imperialismo español) una nueva irrupción de Haití, que quedará al cargo de toda la isla. En 1844 la República Dominicana se independiza.

de acción tuvo sus consecuencias más trágicas entre octubre y diciembre de 1937 cuando el presidente mandó asesinar a millares de haitianos que vivían a lo largo de la frontera<sup>9</sup>. Un año después de la matanza, Trujillo tuvo la oportunidad de limpiar su imagen en el exterior simulando un interés humanitario de cara a los más de treinta países que participaron en la Conferencia de Evian (Francia), en julio de 1938<sup>10</sup>. Por iniciativa del entonces presidente de Estados Unidos Franklin D. Roosevelt, la Conferencia cumplía con el objetivo de asegurar nuevos hogares al creciente éxodo centroeu- ropeo que hubo de abandonar su tierra por motivos raciales, religiosos o políticos.

Aprovechando la urgencia del asunto y con el fin de acreditarse el respeto internacional, Trujillo se ofreció a participar en esta labor solidaria comprometiéndose a acoger la ilusoria cifra de hasta 100.000 refugiados para insertarlos en las zonas agrí- colas cercanas a la frontera con Haití. Dos condiciones se requerían para su admi- sión: “la de pertenecer a la raza blanca y la de ser agricultor” (43)<sup>11</sup>. Con el propósito de evacuar a los refugiados lejos del escenario bélico en Europa, la Dominican Re- public Settlement Association —asociación sin fines lucrativos encargada de ayudar a los inmigrantes (“Jewish or non-Jewish settlers”) a establecerse en la isla—, firmó un acuerdo con el país el 30 de enero de 1940 para tomar medidas según lo previsto en la Conferencia<sup>12</sup>.

El antihaitianismo de Trujillo permitió que desde noviembre de 1939 hasta ma- yo de 1940 se organizaran un total de siete expediciones desde distintos puertos de Francia rumbo a Santo Domingo y Puerto Plata. Pero por lo general estos españoles distaban de ser agricultores diestros en las faenas del campo, y que pudieran resistir el calor, los insectos y las enfermedades tropicales. Esto provocó que un gran por- centaje de los recién llegados no lograra sobrellevar las condiciones medio- ambientales de las colonias agrícolas, ni tampoco el trance económico ni la hostilidad del régimen, y reconsiderara su permanencia en el país. De hecho, muchos de estos

---

<sup>9</sup> Aunque es bien conocida la orden de exterminio de los haitianos residentes en zona fronteriza, cifra que oscila entre las doce mil y las veinte y cinco mil víctimas, genocidio de tal calibre merece su mención en esta nota. Cabe destacar, como testimonio de dicha sangría, la novela *El masacre se pasa a pie* que fue escrita poco después del suceso, aunque no llegara a publicarse hasta 1973. Véase PRESTOL CASTILLO F.: *El masacre se pasa a pie*, Taller, Santo Domingo: 1998.

<sup>10</sup> En mi entrevista con María Ugarte y Montserrat Prats, ambas comentan las razones que favo- recieron la entrada de refugiados europeos. Junto al blanqueamiento racial y cultural, Trujillo pretendía aparentar un ambiente de democracia en el país y mostrar su lado humanitario de cara al mundo; véase UGARTE, M., op. cit., pp. 141-142.

<sup>11</sup> La cita pertenece a ORTEGA FRIER, J., RODRÍGUEZ DEMORIZI, E. y TRONCOSO DE LA CON- CHA, M. J.: *Capacidad de la República Dominicana para absorber refugiados*, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo: 1946, p. 43. Este informe publicado por primera vez en 1945 se reimprimió un año después en versión trilingüe (español, inglés y francés) para su mayor difusión.

<sup>12</sup> El acuerdo titulado “Agreement Between the Dominican Republic and the Dominican Repu- blic Settlement Association, Inc. January 30, 1940”, se encuentra a modo de apéndice en *Refugee Settle- ment in the Dominican Republic*, The Brookings Institution, Washington D.C.: 1942, pp. 405-410. Otros organismos encargados de la repatriación y el subsidio de los expatriados fueron el Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles (SERE) y la Junta de Ayuda a los Republicanos Españoles (JARE). Para más información sobre éstos y otros organismos de ayuda a los exiliados véase RUBIO, J.: op. cit., pp. 129-157; y para la participación del SERE y la JARE en la República Dominicana véase NARANJO OROVIO, C.: op. cit., pp. 521-533.

exiliados fueron pronto desplazados a otros países de habla española, dada la escasez de recursos y medidas de subsistencia existentes en suelo dominicano<sup>13</sup>.

Tal fue el fracaso del programa de inserción inmigratoria en la República de Trujillo que la Brookings Institution inició en 1942 una minuciosa investigación acerca de las condiciones de vida en el país y su capacidad para acoger extranjeros. La valoración final de este sondeo, llevado a cabo por especialistas de la Johns Hopkins University bajo el título de *Refugee Settlement in the Dominican Republic*, fue poco favorable, por no decir nefasta, para los propósitos de Trujillo. El mayor impedimento tuvo que ver con la falta de zonas cultivables en el país para ofrecer el trabajo y las tierras que se les había garantizado a la desbordada cifra de exiliados que se pretendía acoger. Según los resultados del sondeo, la República Dominicana tenía capacidad de trasladar una cantidad no mayor de 5.000 refugiados para trabajar en la agricultura y, aunque en menor grado, en el sector industrial<sup>14</sup>. Estos cálculos obligaron a las autoridades a desmentir dicho informe que acusaba a los dominicanos, según éstas, de ser “una comunidad de tuberculosos, sífilíticos y palúdicos”, y de un retraso general, sobre todo en relación a la dieta y la educación<sup>15</sup>. La ofensa llegó tan honda que suscitó la publicación de un informe mucho más positivo, y menos realista, sobre la calidad de vida del país. Con dicho informe Trujillo ratificaría su propuesta inmigratoria inicial y expondría las razones necesarias para hacerla factible.

No hace falta insistir en la campaña civilizadora de Trujillo para importar en el país los avances de occidente, entendiendo como tales no ya el desarrollo tecnológico y científico ni el intercambio de ideas entre distintos países, sino incorporar en la estirpe dominicana otros pueblos considerados “superiores” para supuestamente “adelantar” la especie. Si para Hitler la escoria social se identificaba con la raza judía, en tierras caribeñas lo deleznable se vinculó exclusivamente a la sangre africana, hecho que permitiría que individuos de cualquier otra raza fueran siempre bienvenidos en la República Dominicana. Dicho tráfico transatlántico de refugiados europeos vino fomentado por un plan de blanqueamiento racial muy similar al de otro militar de soluciones drásticas: Domingo F. Sarmiento (1811-1888). Por anacrónica que resulte esta comparación, el plan de choque racial trujillista cumplía con propósitos afines a los del pensador argentino: limpiar las zonas periféricas sustituyendo la “barbarie” por la inmigración blanca importada de Europa. Así, ambos gobiernos se aseguraban la protección de las áreas más descentralizadas del país (el desierto pampeano y la frontera con Haití) y se resguardaban de los posibles ataques armados de

<sup>13</sup> Según BERNARDO VEGA, “Para mayo de 1940, ya habían salido de la República Dominicana 500 refugiados. En mayo de 1941 tan sólo quedaban unos 1,500, es decir, la mitad. Con la caída de la dictadura venezolana ese país comenzó a recibir refugiados españoles. Entre febrero de 1944 y octubre de 1945 unos 1,180 zarparon, principalmente hacia México y Venezuela. Entre nosotros quedaban pues, apenas unos 300”, *En la década perdida*, op. cit., p. 277. Según Rubio, “de los 21.750 refugiados que acoge México en el período 1939-1948, cerca de dos mil procedían de los contingentes que arribaron en 1939 y 1940 a Santo Domingo y Puerto Plata”, op. cit., p. 194. Otros países de reemigración fueron Cuba, Puerto Rico y Estados Unidos.

<sup>14</sup> “By proceeding gradually it might ultimately be possible to settle from 3,000 to 5,000 immigrants in the Republic and it might eventually be possible to take care of an additional number in industrial undertakings”, *Refugee Settlement in the Dominican Republic*, op. cit., p. 341.

<sup>15</sup> Véase *Capacidad de la República Dominicana para absorber refugiados*, op. cit., p. 11.

indígenas (en el caso argentino) y negros (en el caso dominicano). La presencia europea también contribuiría a importar las técnicas de cultivo y ganadería de occidente, así como las costumbres, tradiciones y hábitos de afuera, borrando todo signo de alteridad e implantando un programa de recolonización en el país. Sin embargo, la llegada en masa de inmigrantes europeos a Santo Domingo provocó que este crisol de razas y culturas se hiciera más palpable en los ojos del visitante, y que algunos manifestaran a través de la escritura el sincretismo cultural evidente en estos contornos de América.

## LA OBRA IMPRESA DEL EXILIO ESPAÑOL EN TIERRAS DOMINICANAS

A diferencia de los estudios sobre otras expresiones artísticas cultivadas por esta oleada de exiliados en suelo dominicano, no existe hasta el momento una investigación de rigor dedicada a su producción literaria. De hecho, el gremio de escritores fue relativamente menor si se compara con la rica producción en las artes plásticas de la mano de un número considerable de artistas refugiados, algunos de ellos reconocidos en España antes de su destierro. Entre el grupo figuran los pintores catalanes José Gausachs Armengol y Joan Junyer, el dibujante Juan Bautista Acher, más conocido como “Shum”, el caricaturista “Toni”, seudónimo de Antonio Bernad González, los escultores Manolo Pascual, Luis Soto y Francisco Vázquez Díaz, alias “Compostela”; y de otros más jóvenes que se formaron en el exilio, entre los que destacan el muralista José Vela Zanetti, los pintores Ángel Botello Barros y Eugenio Fernández Granell (éste último también músico, escultor y escritor), y el escultor Antonio Prats-Ventós. Sirva esta breve lista como muestra del largo elenco de refugiados (entre ellos arquitectos, ingenieros, ilustradores, cartelistas, retratistas, fundidores, ceramistas, etc.) que desarrollaron sus dotes creativas en el exilio dominicano y cuya experiencia en el trópico les llevó a cultivar éstas y otras modalidades artísticas con entera disposición<sup>16</sup>.

Por extraño que resulte, la asidua actividad cultural de los refugiados españoles se vio potenciada por el desempleo y la falta de oportunidades para abrirse camino en su terreno profesional, allende de las ocupaciones agrícolas que se les asignaron en las zonas rurales. Según testimonios como el de Vicente Llorens o María Ugarte, de los refugiados españoles que se fueron incorporando en las colonias agrícolas, muy pocos conocían el trabajo del campo, ya que en su mayoría eran profesionales provenientes de zonas urbanas. Esto les llevó a abandonar el campo en la medida de lo posible para instalarse en la capital, conocida como Ciudad Trujillo, y ganarse la vida con cualquier ocupación<sup>17</sup>. Algunos ejercieron cargos ministeriales y administra-

---

<sup>16</sup> Sobre este tema véase GONZÁLEZ LAMELA, P.: *El exilio artístico español en el Caribe: Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico 1936-1960*, Edicions Do Castro, A Coruña: 1999, pp. 69-136; y DE LOS SANTOS, D.: *Memoria de la pintura dominicana: Impulso y desarrollo moderno*, Grupo León Jimenes, Santo Domingo: 2003, pp. 101-215. Véase otro estudio más antiguo pero de gran aporte testimonial, publicado por un crítico de arte allí exiliado, FRAIZ GRIJALBO, M.: *Artistas españoles en Santo Domingo*, Sindicato Nacional de Artes Gráficas, Santo Domingo: 1942.

<sup>17</sup> Según NARANJO OROVIO también ocurrió el efecto contrario, es decir, que “el escaso mercado de trabajo en las ciudades provocó la marcha a las colonias agrícolas de un gran número de españoles,

tivos asignados por el gobierno; otros se colocaron en centros culturales y docentes; también trabajaron en periódicos, bibliotecas y archivos; o en restaurantes de asidua clientela extranjera, e incluso se aventuraron a montar su propio negocio de zapatos, librerías y juguetes, o se dedicaron a la venta ambulante y domiciliaria de víveres y otras mercancías<sup>18</sup>.

Se fundaron además el primer Conservatorio Nacional de Música y la Orquesta Sinfónica Nacional, dirigida por el músico español Enrique Casal Chapí. La Escuela Nacional de Bellas Artes estuvo a cargo de Manolo Pascual y Gausachs Armengol. Emilio Aparicio creó el primer Teatro Escuela de Arte Nacional. Se crearon el Instituto Colón, el Instituto Escuela, bajo la dirección de Guillermina Medrano, la Escuela Diplomática, y otros muchos centros docentes ubicados en distintos contornos del país. Hubo notorios criminólogos, como Constancio Bernaldo de Quirós; juristas y abogados, como Jesús de Galíndez, José Almoína, Alfredo Matilla y Rafael Supervía; arquitectos como Bernardo Giner de los Ríos y Tomás Auñón Martínez; historiadores como Javier Malagón; periodistas como María Ugarte; bibliógrafos como Luis Florén. Profesores y catedráticos llenaron las escuelas y universidades de todo el país. En suma, hubo en suelo dominicano una “españolización” de todos y cada uno de los oficios, las ocupaciones y las artes existentes; y todo ello con el beneplácito del “Generalísimo” Trujillo, nominativo de sobra conocido durante la España de postguerra.

Ante este recuento sobre la participación de españoles en la vida cultural del país, ¿qué lugar ocupó la obra impresa de los exiliados españoles en la República Dominicana? Hasta el momento, tan sólo un exiliado, el sociólogo y profesor Vicente Llorens Torres, consideró pertinente recoger los textos más representativos de este contingente español<sup>19</sup>. En la segunda parte de sus *Memorias* Llorens registra más de una quincena de escritores, un total de ocho periódicos y revistas literarias dirigidos por españoles, y hasta la participación de un exiliado, Eugenio F. Granell, en uno de los proyectos culturales de mayor repercusión en las letras dominicanas: *La Poesía Sorprendida*<sup>20</sup>. También incluye un Apéndice Bibliográfico de más de seis páginas sobre las obras publicadas por españoles dentro y fuera del exilio dominicano referentes a este país.

No obstante, Llorens no se muestra impresionado por la trayectoria literaria de la mayoría de estos escritores. De hecho, el desinterés que éste manifiesta en el campo de las letras no debió contribuir a la curiosidad de críticos e investigadores por desenterrar esta literatura del exilio. En el campo de la poesía, por ejemplo, Llorens la considera de escasos logros y “no muy abundante ni de gran calidad”, cuando no

---

proceso que se aceleró tras la suspensión de envíos de ayuda por parte del SERE a mediados de agosto de 1940”, op. cit., p. 530. Nótese también que el protagonista de *Medina del Mar Caribe*, Juan García, tras desistir de encontrar empleo en la capital, se traslada a la colonia agrícola de Medina cobrando el subsidio del SERE, que eran cinco dólares mensuales.

<sup>18</sup> Para más detalles sobre los esfuerzos de los españoles por encontrar empleo me remito al apartado sobre el exilio en la República Dominicana a cargo de Vicente Llorens, en ABELLÁN, J.L.: *El exilio español de 1939*, op. cit., pp. 152-159.

<sup>19</sup> En *Memorias de una emigración: Santo Domingo, 1939-1945*, Ariel, Barcelona: 1975.

<sup>20</sup> El libro de Llorens es el único referente sobre la producción literaria de esta oleada de exiliados; Gardiner dedica también unas páginas referente al tema, op. cit., pp. 66-75.



cargada de propaganda trujillista y de un recio españolismo<sup>21</sup>. En lo que al teatro y a la narrativa se refieren, tampoco éste aprecia “figuras de cierto relieve” antes de su llegada a Santo Domingo<sup>22</sup>. En gran parte de estos escritos, sobre todo en poesía, se evoca el escenario bélico en España y se reflexiona sobre sus nefastas consecuencias. Sin embargo, Llorens recuerda casos lamentables de refugiados que manifestaron en sus escritos una conversión ideológica completamente antagónica a los ideales políticos que los arrastraron hacia el exilio.

El más comentado en sus *Memorias* es el compendio de ensayos y relatos breves titulado *Cartones de la frontera* (1945), cuyo autor Baltasar Miró compuso tras un breve recorrido por la zona fronteriza de Elías Piña<sup>23</sup>. Eludiendo los móviles que ocasionarían el genocidio en Europa, escritores como Miró mostraron en el exilio una postura racista e hispanófila muy a tono con la política “dominicanista” divulgada en el país. De principio a fin los *Cartones* son un grito de alabanza al Benefactor quien, según el autor, puso fin al “drama histórico” de la avanzada haitiana en el país recuperando la “gesta de hispanidad” tan altamente difundida por este “nieto de español”<sup>24</sup>. El fanatismo laudatorio que recorren sus páginas no sólo aseguró a Miró la publicación de sus relatos sino que debió favorecer el reconocimiento de éste entre destacados miembros de la cultura dominante.

A pesar de que en los *Cartones* rebosan los prejuicios contra el pueblo haitiano, Llorens justifica en sus *Memorias* la actitud de su compatriota recordando las circunstancias que llevaron a éste y a otros refugiados a entregarse al régimen de manera entusiasta<sup>25</sup>. Sea o no éste un argumento legítimo, lo cierto es que merece la pena desempolvar estas piezas del exilio para observar cómo y cuándo aquellos españoles se apropiaron de estos moldes discursivos tan difundidos para entonces en el país y que dejaron secuelas importantes en el imaginario dominicano. El análisis de estas obras, además, podría ayudarnos a entender la manera en que Trujillo imaginó la nación valiéndose de una serie de premisas identitarias con un alto componente europeo, y cómo este tipo de argumentos ejerció una marcada influencia tanto en el pueblo dominicano como entre los residentes extranjeros que asimilaron e interpretaron este discurso oficial de maneras muy diversas.

Es cierto que no debió ser un plato de buen gusto (sobre todo para aquellos que mantuvieron intactos sus ideales) vivir en un ambiente de permanente sospecha ante la política de persecución generada por el régimen. La escasa libertad de prensa y el control de los medios de comunicación impidieron que muchos de los allí exiliados relataran abiertamente la realidad vivida en un país donde veían igualmente quebrantados los principios de justicia y libertad que en su lugar de origen. Los escritores que hicieron públicas las ilegalidades del régimen lograron divulgarlas una vez reinstala-

<sup>21</sup> LLORENS, V.: *Memorias de una emigración*, op. cit., p. 111.

<sup>22</sup> LLORENS, V.: *Memorias de una emigración*, op. cit., p. 25.

<sup>23</sup> Véase MIRÓ, B.: *Cartones de la frontera*, Editorial La Nación, Ciudad Trujillo: 1945.

<sup>24</sup> Véase “El drama histórico de la isla de Santo Domingo”. En *Cartones de la frontera*, op. cit., pp. 11-16.

<sup>25</sup> “Olvidemos por un momento al pobre poeta que en busca del plato de lentejas escribe a [José] Almoina para que el gobierno publique el libro a sus expensas, por tratarse de una obra ‘patriótica’. Olvidémoslo, pues al fin y al cabo Miró reflejaba más que ideas personales un estado de opinión muy arraigado en Santo Domingo y al que no siempre era fácil sustraerse”, en LLORENS, V.: *Memorias de una emigración*, op. cit., p. 116.

dos en otros contornos de América, o bien con la cautela requerida utilizando un lenguaje figurativo que pudiera camuflar cualquier mensaje entre líneas<sup>26</sup>. Pero hay que aclarar que ni aun el hecho de escribir fuera del país los eximía de peligro, ya que incluso en el extranjero los labios de algunos quedaron sellados con su muerte<sup>27</sup>.

Cabe también señalar que no sólo el gobierno tomó medidas de control en el ambiente capitalino de artistas y letrados. También se vigilaron a los colonos de las zonas rurales que demandaban un salario digno y mejores condiciones de trabajo. El espíritu revolucionario que arrastró a los españoles al exilio llevó a algunos a participar y organizar huelgas en las colonias agrícolas junto a otros jornaleros locales. Consuelo Naranjo Orovio registra entre otras protestas el incidente ocurrido en el central azucarero La Romana a comienzos de 1942, en el que varios españoles fueron arrestados. Estos disturbios, según Naranjo Orovio, obligaron a la JARE a comunicar una serie de normas de comportamiento para todos los refugiados<sup>28</sup>.

A su vez, los motines agrícolas también repercutían en la vida de la capital, y sobre todo en los exiliados que hacían uso de la imprenta. Días después del incidente de La Romana apareció en las primeras páginas del periódico republicano *Democracia* la siguiente nota dirigida al colectivo español<sup>29</sup>:

*Los españoles republicanos que se encuentran acogidos a la hospitalidad de la República Dominicana no deben olvidar en ningún momento su calidad de extranjeros, aunque el cariño y la simpatía de los naturales del país les hagan sentirse como si estuvieran en el solar patrio. Deben, pues, abstenerse de intervenir ni directa ni indirectamente en la política de la nación y guar-*

<sup>26</sup> Un caso indudable es el grupo de escritores dominicanos La Poesía Sorprendida, cuya revista literaria conocida como tal, *La Poesía Sorprendida* (1943-1947), fue fundada entre otros por el exiliado gallego EUGENIO F. GRANELL. Sobre la naturaleza de la revista y las dificultades que tuvieron sus fundadores para mantenerla a flote me remito a mi tesis doctoral “El papel del exilio español en la construcción de identidades culturales hispanocaribeñas, 1934-1956” defendida en mayo del 2006 en Vanderbilt University, que estoy en este momento preparando para su publicación.

<sup>27</sup> Aunque hubo otros asesinatos de exiliados, como los abogados José Almoína y Alfredo Pereña Pamiés, el caso del jurista y escritor vasco Jesús de Galíndez fue el más propagado por la prensa. Galíndez se vio en un principio favorecido por el gobierno trujillista, pudiendo trabajar como profesor en la Escuela de Derecho Diplomático, consular de la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores y asesor legal del Departamento de Trabajo. Pero pese a estas ventajas, Galíndez no permaneció en este país más de seis años debido a su aversión contra el régimen; véase en detalle la biografía del exiliado en VÁZQUEZ, M.A.: *Jesús de Galíndez “El Vasco” que inició la decadencia de Trujillo*, TALLER, Santo Domingo: 1975. Desde la ciudad de Nueva York, donde se desplazó en febrero de 1946, Galíndez alterna sus trabajos como delegado del Partido Nacionalista Vasco (PNV) y lector en Columbia University con la redacción de su tesis doctoral sobre la dictadura de Trujillo que defiende en 1956. Semanas después el exiliado vasco desaparece en pleno centro neoyorquino. Su secuestro se relacionó con el contenido de su tesis que sentenció su muerte bajo las órdenes del Benefactor. Bernardo Vega ofrece nuevos datos acerca del caso en *Almoína, Galíndez y otros crímenes de Trujillo en el extranjero*, op. cit. La tesis se encuentra publicada en GALÍNDEZ, J.: *La era de Trujillo: Un estudio casuístico de dictadura hispanoamericana*, Editora Cole, República Dominicana: 1999.

<sup>28</sup> Véase NARANJO OROVIO, C.: op. cit., p. 12.

<sup>29</sup> Véase “Los españoles republicanos”. *Democracia*, 1.2 (14 feb. 1942), p. 1. El periódico *Democracia*, considerado por Llorens como “una de las mejores crónicas de la emigración” tuvo una duración de poco más de tres años, desde enero de 1942 hasta septiembre de 1945. Existe más información en LLORENS, V.: *Memorias de una emigración*, op. cit., p. 186.

*dar en todo momento una actitud correcta, clara y digna que evite equivocaciones o confusiones que siempre son lamentables.*

*Deben, asimismo, darse cuenta de que libraron una batalla en defensa de nobles y elevados principios ideológicos, y que esa batalla la perdieron. Y aunque al fin, bayan de ganarla, el hecho es que actualmente se encuentran en derrota. Y no tienen más protección ni más amparo que el que le presten generosamente las autoridades dominicanas.*

El mensaje, probablemente redactado por agentes del gobierno, prevenía a los refugiados de las consecuencias lamentables en caso de generar una política subversiva contra Trujillo. Lo contradictorio del caso es que si bien esta misiva censuraba la participación de los refugiados en asuntos internos, el periódico continuó repudiando otros regímenes totalitarios sin impedimento alguno, y en particular el de Franco. Sin necesidad de aludir a la tiranía de Trujillo, esta resistencia al fascismo en el extranjero por parte del equipo de redacción de *Democracia* podría haberse interpretado como una denuncia al gobierno dominicano. Sin embargo, estas críticas no parecían ser alarmantes siempre y cuando la imagen del Benefactor permaneciera intacta.

El uso arriesgado de la letra impresa en esta atmósfera de sospecha debió facilitar el encuentro de los artistas allí exiliados con otras formas de expresión, como las artes plásticas y/o la música. De hecho, los autores que reprodujeron en su literatura el ambiente de la época no lo hicieron en suelo dominicano ni tampoco en el momento en que acontecieron los hechos. Este distanciamiento hizo posible ver recordadas en algunas obras, sobre todo en el género narrativo, las experiencias vividas de los españoles en esta parte del exilio, su proceso de adaptación, y el ambiente político del momento visto y descrito por testigos de afuera. Libres ya de toda censura, las dos obras que presento a continuación lograron plasmar con mayor transparencia la realidad dominicana denunciando la situación de desagravio en que se encontraba el país y los abusos de poder del régimen de Trujillo.

## **DOS TESTIMONIOS DEL EXILIO: BLANQUITO Y MEDINA DEL MAR CARIBE**

En los trece relatos autobiográficos que conforman la obra *Blanquito*, Mariano Viñuales Fariñas narra su experiencia en El Llano, una colonia agrícola situada al suroeste de la República Dominicana, muy cerca de la frontera con Haití. A través de anécdotas sobre los niños de la colonia, y en particular las de su protagonista Blanquito, el autor nos acerca al paisaje paradisíaco del campo y al modo de vida rural de los campesinos. También nos invita a conocer las labores agrícolas, la dieta, las costumbres y los rituales en los que éste y otros refugiados formaron parte mientras residieron en las colonias.

Junto a esta información de fondo, las alusiones raciales que Viñuales pone en boca de personajes locales es lo que hace de *Blanquito* una obra excepcional. Mientras los protagonistas de Capó Bonnafous y otros escritores en el exilio son por lo general refugiados de guerra, Viñuales da rienda suelta en sus relatos a otro tipo de personajes, en su mayoría hijos de campesinos criados en la frontera y en contacto diario con dos culturas enfrentadas: la dominicana y la haitiana. Con este enfoque narrativo resulta fácil observar cómo incluso en medio de la periferia rural y sin los

recursos tecnológicos ni propagandísticos de hoy se hacía palpable entre las gentes del campo la influencia de un discurso oficial marcadamente retrógrado y racista. Así, criaturas como Blanquito se expresan abiertamente en la obra de Viñuales recurriendo con frecuencia a argumentos manidos propagados por el gobierno contra sus hermanos de sangre, los haitianos.

Una de las creencias más comunes reflejadas en *Blanquito* es la de considerar la existencia de la raza negra como un obstáculo para el avance de la nación. Esto lleva a Cunita, una niña mulata de cinco años, a desear casarse con un “namorao” de piel blanca, a ser posible español como Ariel, el hijo de Viñuales que éste tanto recuerda. Pese a su corta edad, Cunita está convencida de que el blanqueamiento ayudaría a mejorar su descendencia. Nótese cómo la niña muestra esta preocupación temprana al autor<sup>30</sup>:

[...] *A veces me interrumpía con preguntas de este tenor:*

—*Miñuales, ¿Ariel es blanquito, como uté?*

*O bien:*

—*Miñuales, ¿Ariel tié el pelo como usté?*

*Yo satisfacía su curiosidad, ponderando la blancura y el pelo de Ariel. Era mi hijo blanco como la flor de los naranjos y tenía mi mismo pelo. Cunita sonreía satisfecha y feliz. También a ella le preocupaba el color y, sobre todo, el pelo de “namorado”. Igual que a todas las mujeres del país. Pero, felizmente para Cunita, Ariel tenía el pelo liso.*

[...] *Cunita era ya feliz. Sus “jijos” serían “blanquiitos” y con el pelo liso. ¡Su “namorado” era español!*

Junto a los rasgos físicos y el color de piel, la textura del cabello predispone toda una jerarquía racial y social. Esto explica la amplia lista de términos frecuentes en las Antillas hispánicas para referirse al cabello rizado o crespo, como “pasa”, “cadillo”, “kinki”, “pimenta”, “caracolillo”, y otra serie de adjetivos igual de peyorativos como “malo”, “estrujao”, “abusao”, “asustao”, etc.<sup>31</sup> Existe además la creencia de que el pelo rizo tan común entre afrodescendientes es indicio de retraso frente al cabello liso propio de culturas civilizadas. Esto explica la insistencia de Cunita en desear que sus hijos no hereden su crispado pelo, o la idea de Blanquito acerca de los españoles como gente “adelantada”.

Muy lejos de juzgar la actitud de estos pequeños, la crítica de Viñuales trasciende a un plano superior acusando a aquellos que desde el poder legitiman estos discursos internalizándolos en las mentes de los dominicanos. Como expliqué anteriormente, dicho discurso racista era además una estrategia política para frenar la población haitiana que iba infiltrándose paulatinamente en territorio dominicano. La presencia cercana del haitiano obligaba a todo campesino que vivía en la frontera a identificarse con una cédula personal. A raíz de una anécdota sobre Blanquito, quien aún no disponía de dicha cédula por no haber adquirido la madurez requerida (“desde que les nace el bozo”), Viñuales explica la importancia de aquella “carta de ciudadanía” sin la cual el extranjero se encontraba “al margen de toda garantía política y a

<sup>30</sup> VIÑUALES, M., op. cit., p. 31-32.

<sup>31</sup> Para más información sobre la importancia del pelo para la clasificación de la raza negra y mulata, en este caso del puertorriqueño afrodescendiente, véase ZENÓN CRUZ, I.: *Narciso descubre su trasero: el negro en la cultura puertorriqueña*, Editorial Furidi, Humacao, Puerto Rico: 1975, Tomo II, pp. 78-87.

merced de cualquier Jefe o Jefecillo que quiera detenerlo”<sup>32</sup>. Dicho documento evidenciaba la verdadera identidad del individuo a través de un proceso de exclusión de lo “no dominicano”, asegurando el control absoluto de la población.

Las llamadas de atención del autor por el trato que reciben los haitianos se hacen patentes en sus conversaciones con las gentes de El Llano, y sobre todo con Blanquito. En una de ellas, al final de la obra, su pequeño confidente —parafraseando las ideas de sus mayores— expresa malhumorado su desprecio hacia el pueblo haitiano. Mientras el autor y Blanquito contemplan a éstos trabajar de sol a sol en el cultivo de la zafra el niño explica que “los jaitianos no son gente” sino “gavilleros que roban y se comen gente”. Aquel comentario lleva a Viñuales a reflexionar sobre las guerras en Europa fruto de un totalitarismo que se propaga como una plaga: “Hasta este rincón del mundo han llegado los prejuicios razistas (sic). Doy en pensar en ello y me afirmo en la idea de que el pueblo alemán es un pueblo primitivo. Tan primitivo como Blanquito y todos sus coterráneos”<sup>33</sup>. La conclusión a la que el autor de *Blanquito* llega en estas últimas líneas es contundente. A pesar de la distancia geográfica y los adelantos de occidente, la Europa bélica compartía con la República de Trujillo el mismo primitivismo ideológico que llevaría en ambos casos al genocidio de sus respectivos pueblos colindantes previniendo así toda posible penetración racial y cultural.

Aunque en *Medina del Mar Caribe* Capó Bonnafous presenta también un enfoque racial e identitario sobre la realidad dominicana, éste lo hace desde la perspectiva del exiliado. El protagonista, Edgard Lenotre, es un estudiante de derecho que huyendo de la guerra en Francia viaja con una identidad falsa rumbo a Ciudad Trujillo. Haciéndose pasar por un campesino español refugiado llamado Juan García, y ante las escasas oportunidades laborales en la ciudad, éste se traslada a la colonia agrícola de Medina, situada a poco más de 25 kilómetros al suroeste de la capital. Allí frecuenta tanto a los refugiados españoles que se incorporaron en las labores agrícolas como a los dominicanos de la zona, en su mayoría campesinos pobres. Cuando finalmente logra un puesto en la capital como intérprete traductor jurado, García se entera de que la mujer que ama se ha comprometido con otro hombre. Desesperanzado ante la indiferencia de Rosa María y con su salud deteriorada por el paludismo, García desvela su verdadera identidad y pide el regreso voluntario a Europa para incorporarse al frente.

Las idas y venidas de Juan García a Ciudad Trujillo nos permiten conocer los contrastes entre el ambiente urbano y la periferia rural a partir sobre todo de los personajes propios de ambos espacios. La familia Valdés afincada en la capital, por ejemplo, representa el sector de pequeños empresarios cuyo negocio de calzado, como tantos otros en el país, se vio afectado por el monopolio del Benefactor. La figura de Homero P. Alemán, abogado involucrado en asuntos políticos, muestra la intervención de Trujillo en todos y cada uno de los cargos públicos designados: “Sí. Tuve un cargo hace poco, pero ‘me dimitió’ *er Benefactó*... Dentro de unos meses me dará otro, claro. Pero, entre tanto, me ha *colocao* en la *oposición*”<sup>34</sup>. El comentario es doblemente irónico ya que por un lado la existencia de una oposición política en un

<sup>32</sup> La anécdota se encuentra narrada al comienzo del relato titulado “Blanquito”, en *Blanquito*, op. cit., pp. 53-58.

<sup>33</sup> Todas las citas del párrafo se encuentran en *Blanquito*, op. cit., p. 124-125.

<sup>34</sup> *Medina del Mar Caribe*, B. Costa-Amic, México, D.F.: 1965, p. 23.

régimen dictatorial contribuía a crear la ilusión de un sistema democrático. Sin embargo, el mismo Generalísimo era quien elegía a sus miembros anulando toda posibilidad de libre elección y manteniendo el control absoluto de otros partidos<sup>35</sup>.

Tanto en la ciudad como en el campo el color de piel y la indumentaria determinaban el estatus social. Así, el gobernador de la colonia, General Saavedra, se presenta como hombretón “muy blanco, de bigotón caído, jipi muy terciado, traje de montar y pistola al cinto”<sup>36</sup>. En contraste a este personaje pintoresco, representante más inmediato del gobierno en la colonia, predominaba en Medina una alta población de negros “descalzos y rotos”, en su mayoría jornaleros pobres<sup>37</sup>. La serenidad del paisaje rural se interrumpía en ocasiones con la visita de otros representantes del gobierno pulcramente vestidos y de piel ligeramente más clara. El capítulo titulado “De las papas”, por ejemplo, narra la llegada del mismo Generalísimo acompañado del coronel Saavedra, hermano del gobernador, para inspeccionar las parcelas de los colonos españoles. El coronel, vestido con uniforme impecable, se nos presenta como un individuo “blanco, nieto de españoles, de cara franca y risueña”<sup>38</sup>. A su vez, Trujillo es retratado como “un paisano, mulato muy claro, de cara ancha y agradable, con un bigote muy recortado para disimular las canas, con un ‘jipi’ y un traje de lino rudo de hechuras impecables”<sup>39</sup>. Lo irónico de éstos y otros individuos prolijamente descritos es que cuanto más pulcros en apariencia más deshonestos resultaban ser, sobre todo los personajes cercanos a la figura del Benefactor. Quizás esto explique que don Homero tras haber permanecido por un tiempo en la oposición apareciera una vez exento de culpa “impecablemente de blanco, muy almidonado” y dispuesto a citarse con el Ministro del Exterior<sup>40</sup>.

El episodio de “las papas” resulta de gran comicidad dado el componente irónico con que se narra la visita de Trujillo a aquella tierra inhóspita localizada en San Cristóbal, provincia de donde el general era oriundo<sup>41</sup>. Ante la falta de asistencia para

<sup>35</sup> Se sabe por las noticias que llegan sobre la guerra que la trama de *Medina del Mar Caribe* gira en torno a finales de mayo de 1940. Aunque Trujillo dejó la presidencia en el verano de 1938, éste siguió manteniendo el control del país a través de su nuevo presidente, Jacinto B. Peynado, retratado humorísticamente al final de la novela por su falta de liderazgo y poco carisma, véase el capítulo titulado “De una original declaración de guerra”, pp. 203-212. Puede que “la oposición” a la que se refiere el personaje fuera el Partido Trujillista fundado en noviembre de 1940, y que más que oponerse al Partido Dominicano cooperaba con éste; para más información sobre dicho partido véase CRASSWELLER, R. D.: *Trujillo: The Life and Times of a Caribbean Dictator*, The Macmillan Company, New York: 1966, p. 194. Llorens, en cambio, interpreta la frase de Homero P. Alemán, “político que se encuentra en la oposición”, como “sin cargo oficial hasta que vuelvan a darle otro”, en *Memorias*, op. cit., p. 141.

<sup>36</sup> *Medina del Mar Caribe*, op. cit., p. 35.

<sup>37</sup> *Medina del Mar Caribe*, op. cit., p. 38.

<sup>38</sup> *Medina del Mar Caribe*, op. cit., p. 83.

<sup>39</sup> *Medina del Mar Caribe*, op. cit., p. 81.

<sup>40</sup> *Medina del Mar Caribe*, op. cit., p. 117.

<sup>41</sup> Capó Bonafous sitúa la colonia de Medina en una provincia inexistente llamada San Esteban. Dado que la novela fue publicada cerca de veinte años después de la experiencia del autor en Santo Domingo, este cambio podría interpretarse como un simple lapsus de memoria. De hecho, en una nota a comienzos de la novela el autor asegura que aunque la trama y los personajes son imaginados “todos los hechos ambientales de esta obra son ciertos. Su localización es transparente, dada la referencia al Generalísimo de los múltiples nombres, uniformes y condecoraciones. Pero esta precisión carece de

combatir las plagas de insectos que arruinaban el cultivo de la patata, Trujillo ordena a la Secretaría de Agricultura y al Servicio Fitopatológico asistencia inmediata para aquellas gentes. Una vez decretada la orden comenzaron a circular por el huerto de Vicente y Margarita una ristra de automóviles con ingenieros, secretarios, ministros y funcionarios nerviosos tratando de resolver el asunto a la máxima brevedad. Éstos y otros españoles allí presentes, perturbados ante el revuelo ocasionado por “las papas”, arrancaron de un tajo las pocas matas que quedaban mientras comentaban jocosamente el evento:<sup>42</sup>

—¿Viste nunca, Mateo, terminarse una plaga más deprisa?

—¡La verdad es que no, Vicente!

—¡No hay duda, —comentó éste—, de que las Dictaduras tienen ciertas ventajas!

Las carencias de todo tipo existentes en el país se acentuaban en las colonias agrícolas, cuyos residentes contaban con el agravante de permanecer completamente aislados. Las noticias llegaban por medio de algún amigo o familiar que enviaba o traía periódicos atrasados de la capital, o bien a través de las referencias de los refugiados recién llegados. La asistencia médica y las medidas sanitarias eran muy deficientes, por lo que el paludismo, la malaria, la hematuria y otras enfermedades habituales eran atendidas por personal no especializado. Éstos y otros hechos que se traslucen en la novela perfilan la colonia de Medina como un vivero de población marginal que, al margen de su procedencia, raza o condición, vivía del cultivo agrícola, compartía un mismo poblado y luchaba a diario contra los males del trópico.

Al igual que *Blanquito*, la novela de Capó Bonnafous muestra una relación de convivencia entre los colonos locales y los españoles allí refugiados que, aunque en su mayoría licenciados y profesionales, eran del todo ignorantes en materia agrícola. En contraste el campesinado, por lo general iletrado, era experto en remedios caseiros para sobrevivir a los trastornos físicos y morales ocasionados por el clima y el hábitat rural. Junto al conocimiento autóctono de los isleños, los españoles seguían a pies juntillas estudios sobre el cultivo de aquellas tierras, y en particular un Tratado de Agricultura puertorriqueño que solían usar para la cosecha del maní, las hortalizas y otros productos fácilmente cultivables en la zona.

También la novela describe las asiduas relaciones sexuales entre los españoles y los nativos de Medina, sobre todo entre varones refugiados y mujeres campesinas. Por ejemplo, el personaje gallego Serafín Rodríguez informa al protagonista acerca de los favores sexuales de la hermana de un refugiado español (vecino de ambos) a un coronel de raza negra. También los españoles solían conseguir “su apaño” con las “negriñas” del otro lado del río<sup>43</sup>. El mismo García a pesar de sus sentimientos hacia Rosa María sucumbió una noche a los placeres de Josita, una bella muchacha negra. No cabe duda que a pesar del breve tiempo que permanecieron en el país, muchos

---

importancia en la abundancia actual de dictadores militares”, en CAPÓ BONNAFOUS, E.: op. cit., s.p.. No hay que olvidar, no obstante, que dado que el autor había sido juez en España supo precaverse de posibles acusaciones camuflando su historia en un espacio no del todo real que, como éste afirma, bien pudiera ubicarse en cualquier otro país de recia dictadura.

<sup>42</sup> *Medina del Mar Caribe*, op. cit., p. 90.

<sup>43</sup> *Medina del Mar Caribe*, op. cit., p. 55-56.

de los refugiados dejaron descendencia tras su paso por la República de Trujillo cumpliendo así los propósitos del gobierno de “mejorar” la especie. No hay que olvidar además que con el fin de incrementar la raza blanca en el país el gobierno había decretado que los refugiados estuvieran en edad fértil para su mejor y más rápida reproducción<sup>44</sup>.

A pesar de éstos y otros encuentros narrados el autor no pasa por alto la desconfianza de los isleños provocada por ciertas actitudes prejuiciosas de los españoles. Por ejemplo, tras caer enfermo el español Vicente, el único en la colonia que hacía las veces de practicante, uno de los soldados negros exige a su compatriota García que le reemplace en las tareas hospitalarias. El protagonista insiste en su absoluto desconocimiento sobre medicina, pero la mujer del militar interpreta la falta de cooperación del colono blanco como un caso más de discriminación por negarse a intervenir a un enfermo “prieto”. Ante los casos de racismo en la zona, fruto de aquella población mixta de españoles y dominicanos, ésta exige inmediatamente los servicios de García<sup>45</sup>:

—¡Uté tié que sabé! *Que é blanquito y amigo de don Visente!*

—*Pero si no he puesto una en mi vida*

—*No, don. ¡Diga que no quiere inyectá a un prieto! ¡Pero no me mienta a mí!*

*Aquello se ponía feo y hubo que aceptar. Vicente le explicó cómo y dónde había que pinchar. Y, con su jeringa en ristre, llegó García a casa del milite. Le hizo tumbarse boca abajo y bajarse los calzones, para inyectarle en el trasero: más negro que una noche de tormenta.*

Pese a la comicidad de la cita, el pasaje muestra las tensiones existentes entre los españoles que por su condición de refugiados se encontraban en desventaja frente a ciertos sectores de la población dominicana que ejercían una posición de poder, sobre todo en el sector político y militar. Nótese además cómo aquella suspicacia hacia los españoles venía a la vez acompañada de una fe absoluta en éstos por ser extranjeros y de piel clara, como muestran las palabras de la mujer del militar al comienzo de la cita.

Esta breve lectura de las obras de Mariano Viñuales y Eduardo Capó Bonnafous muestran un cruce de culturas rico en matices fruto del encuentro de los españoles expatriados con el escenario dominicano rural durante la era trujillista. Aunque el género y el estilo utilizados por ambos escritores para narrar su experiencia en el exilio difiere en muchos aspectos del testimonio personal, no por ello hemos de menospreciar el contenido histórico que envuelven estos relatos de “semi-ficción”. De hecho, los datos que tanto *Blanquito* como *Medina del Mar Caribe* proveen sobre el modo de vida de los exiliados y sus esfuerzos por adaptarse al nuevo espacio complementan la información facilitada en los libros de historia o en los testimonios

<sup>44</sup> “De raza blanca deben ser, pues, los inmigrantes y nunca mayores de 35 años los hombres, ni de 30 años las mujeres, a fin de que la edad no los haya esterilizado al entrar al país o no los esterilice poco después”, *Capacidad de la República Dominicana para absorber refugiados*, op. cit., p. 43. Por poner un ejemplo, aunque de los más de 270 refugiados llegados a Santo Domingo en la primera expedición llevada a cabo en el vapor “Flandre” el 7 de octubre de 1939 hubo quienes sobrepasaban los 40, —entre ellos el mismo Mariano Viñuales que contaba con 45— la edad promedio de todos ellos estaba por debajo de los 28 años. Véase la lista de pasajeros y su edad correspondiente en el Apéndice II de RUBIO, J.: op. cit., pp. 1115-1121.

<sup>45</sup> *Medina del Mar Caribe*, op. cit., p. 110.



considerados más “verídicos”, como entrevistas o autobiografías del exilio. El aporte documental de estas obras merece un estudio mayor que incluya a éstos y a otros protagonistas del exilio en un país al que, pese a los contratiempos, todos recuerdan con gran afecto por la gentileza y hospitalidad de sus gentes.

